

# Crisis económica, crisis energética, crisis bélica

José Ignacio González Faus

*Desde el lema la paz es fruto de la justicia hasta el lema la paz es fruto de un uso y reparto equitativo de la energía, han pasado 25 años y se han celebrado 25 semanas en la Universitat de la Pau. La lección inaugural con la que se inició este año la semana pretende enfocar el tema desde una amplia reflexión cultural que engloba todo lo que será después motivo de análisis detallados en ponencias y reuniones. El horizonte en el que se enmarca todo este proceso es el de la esperanza. La misma esperanza que en el siglo II tenía Ireneo de Lyon cuando decía que «si el mundo no se va a pique es gracias a los cristianos», hoy se podría formular con «gracias a todos los hombres que luchan por la justicia».*

Para comenzar con una anécdota que cuenta Naomi Klein:

*«... El locutor, ‘conservador independiente’, Jerry Doyle y yo manteníamos una conversación perfectamente amistosa sobre las turbias compañías aseguradoras y la ineptitud de los políticos, cuando ocurrió lo siguiente: “Creo que hay un sistema para abaratar rápidamente los precios”, anunció Doyle. Hemos invertido 650 mil millones de dólares para liberar a una nación de 25 millones de personas. ¿No va siendo hora de que reclamemos algo de petróleo a cambio? Debería de haber un montón de camiones cisterna, uno tras otro, formando un atasco en dirección al Túnel Lincoln, el apestoso Túnel Lincoln, en hora punta, cada uno de ellos con una nota de agradecimiento de parte del gobierno iraquí... ¿Por qué no vamos y cogemos sencillamente el petróleo? Nos lo hemos ganado liberando*

*un país. Puedo arreglar el problema del precio del petróleo en diez días en vez de en diez años»<sup>1</sup>.*

La autora comenta que había un par de problemas con el plan de Doyle. El primero es que estaba describiendo el mayor latrocinio de la historia mundial. El segundo, que llegaba demasiado tarde: «nosotros» ya estamos ro-

---

*hemos oído que cambios  
climáticos «los ha habido  
siempre», lo cual es verdad,  
pero no es toda la verdad:  
pues el problema es que ahora  
nosotros podríamos acelerarlo  
y empeorarlo*

---

bando el petróleo de Irak, o al menos estamos en el momento cumbre de ello. Además, a Irak se le obligó a pagar 9.000 millones de dólares como «reparación por la invasión de Kuwait». ¿Cuánto debería ser obligado a pagar USA por su invasión de Irak?...

La anécdota es un síntoma de la gravedad y de la importancia del tema elegido. Por otro lado el tema está en continuidad con la frase del profeta

---

<sup>1</sup> *Capitalismo del desastre. Estado de extorsión.* En el número electrónico de SP (Sin permiso), 13.07.08.

Isaías que ya apareció en la primera de estas semanas, hace unos 25 años: «la paz es fruto de la justicia». Hoy cabe añadir que no habrá justicia sin un uso y un reparto equitativos de la energía. Y esto es motivo de alarma, como muestra la anécdota que acabo de contar.

### **Decrecimiento como alternativa**

Creo que los lectores y yo compartimos una misma pasión por la paz y la justicia. Mi tarea consiste en reavivar esa pasión y, a la vez, exhortar a conjugarla con el máximo de rigor en todos los temas analizados. Pasión y rigor no son fáciles de juntar.

Con este objetivo me dediqué a escudriñar los temas anunciados para la semana. Y, en seguida, me resultó decisiva la charla final: «*el decrecimiento como alternativa de futuro*». La necesidad de bajar de nuestro nivel de vida: y no como simple consejo ascético sino como «alternativa». ¿Es esto posible? Como ya tengo algunos años, permitidme contar la historia de mis encuentros con este consejo: decrecer económicamente.

La primera vez que lo oí como propuesta universal, fue a José Luis Aranguren (con su mezcla de sarcasmo y timidez, escepticismo y bondad): «no veo más salida que volver a aquello que la edad media calificaba como austeridad cristiana...». Esto lo

decía Aranguren por los días en que acababa de aparecer *El hombre unidimensional* de H. Marcuse, un libro que no deberíamos olvidar y que mostraba la capacidad de nuestro sistema para reconvertir en provecho propio todas las críticas, a través de la creación de «falsas necesidades» que nos domestican a todos. Aranguren hablaba, por tanto, para recuperar la libertad personal.

Años más tarde, en cierta sintonía con la aparición de la teología de la liberación, se nos exhortaba a lo mismo para combatir el hambre. Ignacio Ellacuría, con su radicalidad lingüística, acuñó la propuesta «hacia una civilización de la pobreza», que suena como estúpida ni aunque la formulemos de modo menos provocativo como una civilización de «la sobriedad compartida». Preferimos engañarnos diciendo que lo que hay que hacer es «crear riqueza».

Por no dejar las anécdotas, recuerdo ahora una mesa redonda sobre el tema en TVE, con Matilde Fernández (ministra de asuntos sociales), Carlos Solchaga y Nicolás Redondo entre los ponentes. Tras una cruda exposición de la realidad de la pobreza, no sólo en el mundo, sino en España (donde Cáritas había hablado de once millones de pobres), preguntó el locutor qué había que hacer. Y Matilde Fernández saltó en seguida: «crear riqueza». Cerrando así los ojos al hecho de que nuestro sistema económico sólo es capaz de

crear riqueza (y mucha) a condición de repartirla mal (y muy mal). Cosa que no debería haber escapado a una presunta socialista.

Luego se nos dio el mismo aviso a propósito del peligro de destrucción del planeta. Primero respondíamos que no hay para tanto. Luego hemos oído que cambios climáticos «los ha habido siempre»; lo cual es verdad pero no es toda la verdad: pues el problema es que ahora nosotros podríamos acelerarlo y empeorarlo, prescindiendo de si somos *la causa* del cambio o *un factor* que lo agrava. Y ante eso reaccionamos con propósitos ¡para el año 2050!, como poniendo por obra el argumento de don Juan Tenorio («¡qué largo me lo fiáis!»), que nos deja otra vez tranquilos.

Ahora se nos vuelve a exigir esa reducción de nuestros niveles de consumo por el peligro de que la adición a la energía degenera en una guerra de «sangre por petróleo», y una guerra que podría ser *de nivel mundial*... Por eso, no se trata ya de un consejo ascético o religioso, sino de una «alternativa de futuro».

Y es que, a nivel mundial, cabe pronosticar una época difícil debida a las causas siguientes: la recesión económica parece ser más fuerte y más larga de lo esperado (cosa que siempre es un hervidero de posible violencia). El destroce ecológico de la tierra permite prever catástrofes descomunales periódicas del tipo de las ocurridas en el

sudeste asiático y en Birmania. Finalmente la subida desaforada de los precios del petróleo refleja un temor a quedarse sin fuentes de energía (debido en parte al mayor consumo de los países emergentes conforme crecen económicamente) y esto puede acabar llevándonos a algún tipo de «guerra energética»... (Aunque, por supuesto, en este «río revuelto» no faltarán los pescadores —o mejor «pecadores»— que sacan de él su ganancia).

Dejadme evocar otro ejemplo muy reciente y muy expresivo: hace poco

---

*una reducción de nuestros  
niveles de consumo «no puede  
hacerse sin un cambio de  
nuestro sistema económico»,  
y de la mentalidad que lo  
sustenta*

---

presenciamos una huelga de *patrones*, pidiendo una «tarifa mínima» legal, cuando los empresarios siempre se habían negado a «salarios mínimos» justos, arguyendo los salarios debe fijarlos el mercado. Y transigían con el salario mínimo legal, porque queda bastante lejos del mínimo vital... Y no digo que no puedan tener sus razones; sólo constato que, ahora que les toca a ellos, ven las cosas de otra manera.

Así estamos pues, ante la demanda de un decrecimiento económico «como alternativa de futuro» (y quizás *única* alternativa), a la cual apunta toda esta semana. Vista la historia de esta propuesta, puede que nos hayamos quedado con la impresión de que no estamos mucho «por la labor». Por otro lado, a nivel de humanidad global quizás resulte que aquello mismo que podría hacer ese cambio más soportable o menos duro, acaba volviéndolo menos probable: me refiero a que el cambio debería hacerse a base de muchos, muchísimos pequeños pasos. Pero, como cada paso es tan pequeño, tropieza con el argumento invencible: el clásico argumento del fumador: «total por un solo cigarrillo más, no me va a venir el cáncer» (lo cual así formulado es verdad, pero oculta que no será sólo uno más). O el clásico argumento del perezoso que tanto usamos los humanos: «¿para qué voy a hacerlo yo si muchos otros no lo harán?».

Ahora bien: además de todas estas consideraciones psicológicas o históricas, el problema mayor me parece ser que esa reducción de nuestros niveles de consumo *no puede hacerse sin un cambio de nuestro sistema económico*, y de la mentalidad que lo sustenta.

Una última cita para describir esta mentalidad. Quizás algunos sepáis que un ex-jesuita norteamericano escribió hace poco un libro sobre el li-

derazgo al estilo de los jesuitas<sup>2</sup>. No sé si comparto todas sus tesis porque, a veces, me parece aquejado de ese simplismo que, a algunos europeos, nos molesta en bastantes norteamericanos. Como jesuita, tampoco comparto esa rendida admiración por lo propio, parecida a la que transpira Zapatero cuando habla de España. Pero, si evoco el libro, no es por estas razones sino porque el autor cuenta que pasó, casi sin solución de continuidad, de trabajar entre los jesuitas a trabajar en la Banca Morgan! Y en su primera página evoca el contraste que le supuso estar un viernes oyendo que la pobreza es la muralla protectora de la fe y de la vida religiosa<sup>3</sup>, y al lunes siguiente escuchar a un director administrativo que les proponía la seductora perspectiva de «llegar a ser ricos como cerdos gruñones».

Yo creo que esa mentalidad, exhibida sin pudor, reconocida tácitamente o, al menos, no confesada pero tampoco refutada, está en la base de lo que eufemísticamente llamamos neoliberalismo. Por eso no soy muy optimista al respecto. Pero toca ya cerrar la introducción y pasar a la primera parte.

---

<sup>2</sup> Cf. CHRIS LOWNWY, *El liderazgo al estilo de los jesuitas. Las mejores prácticas de una compañía con 450 años que cambió el mundo*, Barcelona, 2004.

<sup>3</sup> «Firme muro de la religión» en una expresión de Ignacio de Loyola.

### Necesidad de un cambio de sistema económico

No se trata ahora de discutir si —como decía antaño el obispo Helder Cámara— el capitalismo es intrínsecamente perverso. Ya ni eso hace falta. Como he oído explicar varias veces a Alfredo Pastor, hoy tenemos tres datos que nos llevan a buscar un nuevo sistema económico.

Ocurre, en primer lugar, que nuestro sistema, además de haber producido unos niveles de riqueza increíbles, también, desde que comenzó la revolución industrial, ha multiplicado casi por cincuenta las diferencias entre los seres humanos. Y en un momento en que todo eso es fácilmente perceptible por la globalización, no podrá menos de generar reacciones que pueden ser violentas (hace poco hablaba una revista del espanto de una emigrante ecuatoriana cuando ve la cantidad increíble de comida que se tira a la basura en restaurantes, empresas de catering y demás).

Ocurre, en segundo lugar, que el «economicismo» de nuestro sistema está poniendo en peligro al planeta (y hablo de economicismo porque este mismo pecado lo cometieron los países llamados socialistas, por lo que también fueron un desastre a la hora de contaminar).

Y finalmente ocurre que el sistema no nos hace más felices: hoy cobran re-

lieve unas palabras de Marx en los *Manuscritos*: «la finalidad de la economía política es, evidentemente, la infelicidad de la sociedad»... Estas palabras no son de *El Capital*, sino ¡de 1844!, cuando Marx aún no era «marxista» sino un filósofo humanista.

Estas son razones bien prácticas para animarnos a buscar un sistema nuevo, por mucho que cueste. También es fácil percibir la contradicción en la que

mir menos cuando comenzó la crisis... ¿En qué quedamos pues?

Pues quedamos en que, como he dicho otras veces, da la sensación de que nos estamos pareciendo a un diabético al que los médicos por un lado le van dando insulina, pero por otro lado, no puede comer más que dulces y azúcar...

### **No lo tenemos, pero lo necesitamos**

Doy por sentado que no tenemos ese sistema nuevo. El gran fallo de Marx y los países que le invocaron fue creer que existía una solución preparada de recambio total, y que, con sólo hacer una revolución, esa solución era tan fácil de aplicar como el cambio de neumáticos en una carrera de Fórmula Uno... No tenemos el recambio global. Pero podemos, y debemos, ir buscándolo poco a poco. Como en el progreso técnico, donde nunca las soluciones salieron perfectas a la primera: recordemos los primeros coches que podemos ver todavía en alguna película de la época: lo decisivo era que ya se movían; pero comparémoslos con uno de nuestro coches actuales y constataremos cuánto hemos mejorado ese nuevo sistema de transporte: retrovisores, asientos más cómodos, más velocidad... O pensemos en la medicina (qué diferente la quimioterapia actual, por dura que siga siendo, a la de hace treinta años, por lo menos en

---

*la primera condición para  
llegar a cambiar nuestro  
sistema es el «convencimiento  
de su necesidad» porque en  
ello «nos va la vida», como al  
drogadicto le va la vida  
en conseguir desintoxicarse*

---

parece inmerso hoy nuestro sistema, en otra anécdota reciente: en el pasado congreso del PSOE, Zapatero acabó su discurso recomendando a los asistentes «consumid», como un modo de salir de la recesión económica. Pero consumir exige dilapidar más energía y nos lleva al callejón sin salida que trata esta semana (recordemos además que España es uno de los países más contaminadores, y uno de los que peor ha cumplido en Europa el compromiso de Kyoto)... La misma Unión Europea había recomendado consu-

bastantes casos...). No se trata pues de tener un recambio que aplicar, sino de ir dando pasos en la dirección de la salud.

Con todo lo anterior, pretendo hacer ver que la primera condición para llegar a cambiar nuestro sistema es el *convencimiento de su necesidad* porque en ello «nos va la vida», como al drogadicto le va la vida en conseguir desintoxicarse. Y porque, sin reconocimiento de la enfermedad, no habrá búsqueda del tratamiento. La segunda será ir buscando pasos y conocer todos los experimentos que apuntan en la nueva dirección.

Aunque sea un ejemplo pequeño, pero dado que es muy poco conocido, quiero aludir a la llamada «economía de comunión», nacida hacia 1991 en Sao Paulo y entre el grupo de los llamados «foccolari». En la actualidad cuenta con unas 800 empresas. Y va abriéndose camino en condiciones adversas: porque se han propuesto entrar en el mundo del mercado, tal como está, aceptando el juego. Pero una vez ahí: limitan los beneficios de la siguiente manera: sólo un tercio se reserva al consumo de los propietarios y a inversión en las empresas. Otro tercio va directamente a campañas contra la pobreza y —hoy por hoy al menos— el otro está destinado a formar gentes en su línea económica<sup>4</sup>. No po-

---

<sup>4</sup> Ver AA.VV., *Economía de comunión. Por una cultura económica centrada en la persona* (ed. L. Bruni), Madrid, 2001.

demo saber qué éxito tendrá: pero sí sabemos que todas las soluciones históricas se han conseguido no al primer intento sino después de varias pruebas. Otro ejemplo, quizá mejor fundamentado y desarrollado, lo tenéis en el

---

*de hecho, los defensores  
acérrimos e idólatras  
de la economía de mercado  
presuponen tácitamente que el  
ser humano es un individuo  
racional y libre, que sabe bien  
lo que le conviene y actúa  
en consecuencia*

---

libro sobre la Banca Ética, de dos profesores de Bilbao, que acaba de aparecer en Trotta<sup>5</sup>. A ellos remito.

### Un presupuesto para buscarlo

Yo no soy economista y, por tanto, lo más que puedo hacer es sugerir los *valores fundamentales* que habrían de fundamentar esa nueva economía. Pero, como nos hemos movido en esa extraña ambigüedad de que necesitamos un sistema nuevo y no lo tenemos, y como la relación entre econo-

---

<sup>5</sup> PEDRO SASIA y CRISTINA DE LA CRUZ, *Banca ética y ciudadanía*, Madrid, 2008.

mía y valores se ve hoy rechazada por muchos, quizá convenga otra palabra previa, antes de pasar a la última parte.

Esa palabra intenta rechazar el engaño tácito de que la economía es una ciencia exacta ajena al mundo de los valores. Ninguna ciencia (o sólo las matemáticas) tiene esa naturaleza. Ya Aristóteles decía que toda física implica una «meta-física» (por ejemplo: si yo tengo la convicción que no es física sino filosófica, de que los fenómenos de la naturaleza tienen —o pueden tener— una finalidad, investigaré buscando esos fines; si creo que todo ocurre sólo por puro azar, no me meteré a investigar por qué o para qué puede haber ocurrido esto). Si salimos del campo de lo físico para entrar en el campo de lo humano y de la libertad, hay que afirmar del mismo modo y con mayor contundencia, que *toda economía supone una «meta-economía»*: una visión del hombre, o una antropología. La cual puede ser verdadera, o falsa o parcial...; pero se da. Y me temo que a lo que apunta esa meta-economía es a lo que describía la anécdota de C. Lowney antes citada: «enriquecerse como cerdos gruñones».

De hecho, los defensores acérrimos e idólatras de la economía *de* mercado (que no es lo mismo que economía *con* mercado) presuponen tácitamente que el ser humano es un individuo racional y libre, que sabe bien

lo que le conviene y actúa en consecuencia. Sobre este presupuesto tácito están montados casi todos los cálculos matemáticos. Pero en ese presupuesto no sólo es equivocado el suponer que únicamente el egoísmo motiva nuestras acciones, sino que, incluso dentro del egoísmo, es necesario reconocer que los seres humanos no somos tan razonables y tan libres como presuponen muchos economistas: sino que, por lo general, somos bastante irracionales, y somos poco libres por ser fácilmente seducibles y manejables. Los mil recursos a que apela la publicidad ponen esto de relieve.

Muchos economistas desenmascaran hoy ese pretendido carácter científico y neutral de la economía. El premio Nóbel Amartya Sen se ha acreditado defendiendo que la ética puede ser un factor económico, frente a todos aquellos ideólogos de los FMI's y BM's que ante, cualquier observación humanitaria, se limitaban a responder: «esas no son consideraciones económicas»...<sup>6</sup>.

Pero, prescindiendo de Amrtya Sen, dejadme evocar el *Manifiesto para una economía humana* que publicó hace ahora siete años la revista francesa *Esprit*: «la ideología neoliberal no tiene los fundamentos científicos ni filosóficos de que presume. Y la debili-

---

<sup>6</sup> Ver, por ejemplo, su librito *Sobre ética y economía*, Madrid, 2001.

dad de las otras escuelas económicas ha sido, sin duda alguna, no hacer nada para convertirse en 'enseñanza alternativa', creyendo que bastaba con que cada uno trabaje en su rincón buscando la verdad, para conseguir una realidad social útil».

Pues bien: aceptado este presupuesto de que siempre hay unos valores subyacentes a toda economía, indicaré sólo, sin desarrollarlos, algunos de esos valores fundamentales para una nueva economía.

### Valores para una nueva economía

El primer valor, casi el único y el más fundamental es que necesitamos *una economía que no se enroque exclusivamente en torno al valor «eficiencia», sino que combine la eficiencia con el respeto a los derechos humanos básicos*. Aceptando incluso subordinar aquella a éstos en algunas situaciones de conflicto entre ambos. Contra todo eso que se llama economicismo.

También *una economía que prefiera un reparto más igualitario de la riqueza que se produce*, en vez de sobredimensionar esa producción para que, por la teoría del goteo (la copa que rebosa permite que llegue algo también a los más necesitados), les alcance una ínfima parte a los más, mientras los menos se quedan con la mayor parte. Recuerdo otra vez cómo defendió esto Carlos Solchaga en la mesa redon-

da televisiva que antes he citado, frente a Nicolás Redondo que, al final, acabó respondiéndole con una frase que se hizo famosa: «tu problema, Carlos, son los trabajadores».

Ello supondrá que la economía ponga *el destino universal de los bienes por encima del derecho de propiedad privada*. Algo que nuestra sociedad no acepta (ni siquiera en sus partidos de izquierdas) pero que es un principio ético elemental: «todo hombre (escribía Pablo VI) tiene el derecho de en-

---

*todo hombre tiene el derecho de encontrar en la tierra lo que necesita; todos los demás derechos, sean los que sean, «incluido el de propiedad», están subordinados a ello*

---

contrar en la tierra lo que necesita. Todos los demás derechos, sean los que sean, *incluido el de propiedad*, están subordinados a ello» (PP, 22). Pero ¿quién aceptará eso hoy, sobre todo si su fortuna es enorme?

Habría que dejar de considerar al dinero, como *causa* productora de riqueza, porque no es más que una *ocasión* para que la riqueza se produzca: cuando alguien abre su ventana para que entre la luz, no se le ocu-

re decir que la ventana le ha producido la iluminación; la ventana sólo ha sido la ocasión que ha permitido actuar a la causa de la luz que era el sol. Tomar en serio esta distinción, rebaja mucho el valor del dinero y,

---

*en el sistema actual de agentes de mercado impersonales, anónimos y descomunales ya no puede darse ese encuentro de intereses: la oferta busca su máximo beneficio no a través del beneficio del cliente, sino a través de la extorsión sin salida o de la manipulación de la demanda*

---

por eso, tendría una repercusión muy importante a la hora de medir la moralidad de algunos créditos prestatarios que se han convertido en auténticas usuras. También a la hora de acabar con esa economía puramente especulativa (o «economía de casino») que se ha convertido en la mayor fuente de enriquecimiento, hasta el punto de abrazar el 98% del dinero que circula diariamente por el mundo<sup>7</sup>.

---

<sup>7</sup> Ver BOAVENTURA DE SOUSA SANTOS, *El milenio huérfano. Ensayos para una nueva cultura política*, Madrid, 2005, p. 356.

Finalmente, y como mínimo, es imprescindible combatir lo que Benjamín Bastida suele calificar como «la trampa de las palabras».

Por ejemplo: es cómodo y tranquilizador hablar idílicamente del mercado, y asegurar que en él se da esa «mano invisible» que lo arregla todo y armoniza intereses. Pero, no era esa la mentalidad de Adam Smith: el ejemplo que él pone se refiere a un mercado, de dimensiones reducidas, a nivel de encuentro y diálogo entre los intereses de personas concretas: «dame lo que necesito y te daré lo que necesitas»... Así puede comentar que no esperamos la comida de la benevolencia del carnicero sino de su propio interés; y a su vez, el vendedor busca su propio beneficio precisamente a través del beneficio y la satisfacción del cliente<sup>8</sup>. Eso suele ocurrir a nivel de encuentros personales: de modo que la famosa «mano invisible» tantas veces invocada, no es más que el rostro bien visible de las personas. Pero, en cambio, en el sistema actual de agentes de mercado impersonales, anónimos y descomunales (vg., multinacionales) ya no puede darse ese encuentro de intereses: la oferta busca su máximo beneficio no a través del beneficio del cliente, sino a través de la extorsión sin salida o de la manipulación de la demanda. Y ya no es posible aplicar aquí el tópico de

---

<sup>8</sup> *La riqueza de las naciones*, Madrid, 1961, p. 18.

la «mano invisible» (que no era más que ese encuentro de intereses a niveles de relación personal), sino más bien este otro texto del mismo A. Smith: en el «choque de intereses» que enfrenta a obreros y amos «*la ventaja estará siempre de parte de éstos que obligarán a los otros a someterse a sus condiciones*». Y añade Smith que esta desventaja no se resolverá sólo con leyes pues el legislador, para allanar esas diferencias «toma como consejeros a los amos»<sup>9</sup>.

El anterior encuentro de intereses se ha convertido aquí en choque de intereses. Y ese choque de intereses se resuelve, para Smith, a favor de los amos... Si Smith no coincide aquí con el concepto marxiano de la lucha de clases, está realmente muy cerca. Por eso, curiosamente se permite concluir con estas palabras, bien cercanas a las palabras de Marx, antes citadas: «no puede existir sociedad próspera y feliz cuya parte mayor de miembros integrantes sea pobre y miserable»<sup>10</sup>. Y eso es exactamente lo que cabe aplicar a nuestro mundo globalizado y a nuestra «aldea global»: no es una sociedad próspera ni feliz, y todas las afirmaciones en ese sentido son meramente interesadas<sup>11</sup>. Por eso es legí-

timo preguntar si, cuando muchos economistas hablan idealísticamente de «mercado» están hablando sencillamente de mercado o de una jungla que, como el lobo de Caperucita, se ha disfrazado de abuelita.

Es un único ejemplo para que no nos dejemos engañar por la trampa de las palabras. Evidentemente no he pretendido decir que Smith y Marx coincidan en todo, pero al menos sí, que las cosas son mucho más complejas y que quizás el buen clérigo escocés estaba más cerca del barbudo innumerable que de quienes hoy le utilizan contra Marx.

Otros ejemplos de distorsión del lenguaje y de palabras «trampa» podrían ser: la expresión mercado de trabajo... ¿Mercado o prostitución del trabajo?: «Si el obrero acepta sin quererlas unas condiciones duras, obligado por la necesidad o por el miedo a un mal mayor, esto es ciertamente *soportar una violencia contra la*

---

darse de baja...). O las famosas «letras pequeñas» de los contratos. O las mil mentiras de los coches vendidos como ecológicos pero que contaminan más... La publicidad siempre se apropia de cualquier valor ambiental para vestir con él al producto, engañando infinidad de veces al cliente). Y esto es una mano muy visible... Estas extorsiones pueden suavizarse a través de mil protestas y campañas que requieren enorme esfuerzo. Pero esos arreglos ya no se deben a una mano invisible. Y esa suavización no priva a las empresas de los beneficios injustos obtenidos anteriormente.

---

<sup>9</sup> *La riqueza de las naciones*, Madrid, 1961, pp. 63 y ss.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 75.

<sup>11</sup> Ejemplo claro son todas las protestas y quejas de los consumidores, en el campo de la telefonía móvil (tarifas por servicios no demandados; dificultades máximas para

*cual reclama la justicia»* (RN 32). Estas palabras no son de ningún sindicalista radical, sino de la primera encíclica social de León XIII, que no tiene absolutamente nada de izquierdosa. Y esa violencia aceptada por la necesidad ¿no es la que se da tantas veces en la prostitución?

Finalmente, uno de los mejores economistas españoles del momento, J. M. Naredo, pone otros varios ejemplos de esa trampa de las palabras en el último libro suyo que conozco<sup>12</sup>, y que me permito recomendar.

Al final, desenmascaradas las bellas palabras, nuestro sistema podría parecerse al rey desnudo de la parábola; y ello facilitaría la convicción de que hay que buscar «cómo vestirle bien».

### **Salvando el planeta**

Para concluir: ¿permite lo dicho un poco de esperanza?

Para responder, dejadme evocar y reconvertir una frase de la tradición teo-

---

<sup>12</sup> *Raíces económicas del deterioro ecológico*, Madrid, 2006.

lógica cristiana. Ireneo de Lyon, un santo del siglo II que fue el primer teólogo sistemático del cristianismo, escribió una vez que «si el mundo no se va a pique es gracias a los cristianos». Una afirmación tan apologética podía quizá ser verdad cuando los cristianos eran pocos y recién convertidos. Hoy, con tanto pecado de los que nos confesamos cristianos, nadie se atrevería a repetir tal cual la frase de san Ireneo. Pero hay un sentido en el que puede ser verdadera y animarnos. En vez de los cristianos, hablemos de todos aquellos que luchan decididamente por la justicia y por la causa de los maltratados y de los daños del planeta. Quizá sea verdad que el mundo no se destruye gracias a todos aquellos que luchan por la justicia y por la paz, aunque éstos no consigan arreglarlo.

Pues bien: deberíamos pensar que, aunque no sabemos si podremos cambiar el mundo (pues no depende sólo de nosotros sino de la mayoría del género humano que hoy no parece estar por la labor), al menos debemos tener la convicción de que nuestra lucha no es estéril: seguramente está evitando la destrucción de este planeta al que todos amamos, y que tan amable es a veces a pesar de su insólita crueldad. ■